

Desde la Torre

6/11/24

10

LA INUNDACIÓN NO ES LLUVIA FUERTE, EL ESTADO ES MÁS QUE EL GOBIERNO
Y LA CIUDAD ES MÁS QUE UN TERRITORIO OCUPADO

En el centenario de Kant cabe recordar su referencia a la mayoría de edad de la humanidad y a la necesidad de terminar con la pereza y el temor (la cobardía dice) para salir de ella. Una sociedad bien desarrollada considera los *riesgos* a los que está expuesta. Riesgos climáticos como las inundaciones, los incendios forestales, las pérdidas agrícolas y otros existen incluso en ausencia de cambios climáticos inducidos por la acción humana e irresponsablemente negados. Lo anterior es cierto porque técnicamente un *riesgo* se considera el *efecto* potencial asociado a la *probabilidad* de un suceso como la lluvia fuerte, el viento huracanado u otro cualquiera potencialmente peligroso. Ese efecto, como ha sucedido con la reciente Depresión Aislada en Niveles Altos (DANA), depende de la *vulnerabilidad* y de la *adaptabilidad* del sistema y del territorio considerado como *área de exposición*. Son conceptos desarrollados por los seres humanos más conscientes y son los elementos con los que se construye una crítica de cómo actuar. Crítica viene de *krisis*, que significa separación de las partes, análisis de las cosas que nos afectan, juicio. La filosofía ha guiado esa colosal construcción humana que son los conceptos rectores de nuestros actos. Sin embargo, hay mentes que se contemplan a sí mismas como críticas y que sorprendentemente renuncian a considerar conceptos como los señalados para afrontar los riesgos de vivir en sociedad y responder a la acción extrema de la naturaleza.

Con todas sus carencias y limitaciones, la Organización de las Naciones Unidas y nuestra Unión Europea, creadas ambas con el espíritu kantiano de un mundo mejor, han requerido el mejor saber disponible para los problemas de una humanidad con población creciente y masificada y desarrollos tecnológicos excesivos.

Como enseñanza que el negacionismo climático rechaza, conviene señalar que la Convención Marco sobre el Cambio Climático se basa en tres principios filosóficos aplicables igualmente a los riesgos climáticos naturales y a otros riesgos emergentes: *Principio de precaución* ante los riesgos, *Responsabilidad común y diferenciada* para las partes afectadas y causantes y *Desarrollo sostenible* en su acepción original.

Esta acepción original entiende la sostenibilidad como armonía de lo económico, lo ambiental y lo social. Son las condiciones de un desarrollo duradero en el tiempo y sin consecuencias indeseadas e indeseables. Más complejo, pero cercano al tradicional deseo de evitar el pan para hoy y el hambre para mañana.

En este 2024 nos encontramos en Valencia ante un área devastada que cuesta trabajo reconocer y que se configura como un catálogo siniestro de errores de las administraciones y de los particulares, como un ejemplo negativo perfecto de desarrollo no sostenible, que no tiene en cuenta lo social ni lo ambiental en aras de lo económico y que no despliega nuevos códigos de conducta y convivencia acordes a la sociedad tecnológica y motorizada, que olvida la fuerza de la naturaleza y el clima.

El Estado, en sus universidades y en sus agencias especializadas, ha construido cartografías y técnicas para orientar ese desarrollo, pero si las orientaciones no se cumplen ni se vigila su cumplimiento y ejecución resultan orientaciones inútiles para la vida en la ciudad y decepcionantes para las personas que dejan su energía profesional en ese empeño noble y frustrado.

La Agencia Estatal de Meteorología en la fase del agua en la atmósfera, las Confederaciones Hidrográficas en el agua de escorrentía superficial, el Instituto Geológico y Minero en la fase subterránea, el Instituto Nacional de Investigación y Tecnología Agraria y Alimentaria, el Instituto Geográfico Nacional en la cartografía de todos los elementos de la geografía humana y física, el Centro Superior de Investigaciones Científicas, universidades como la Politécnica de Valencia y otras instituciones públicas y privadas permiten definir las zonas afectadas de riesgo con toda precisión, así como las planificaciones preventivas. De nada sirve toda la experiencia y el saber acumulados si no se aplican para reducir el impacto de los riesgos, la vulnerabilidad en cada uno de ellos, (incendios de bosques, inundaciones, agricultura o desastres costeros).

El riesgo de lluvia fuerte no es sinónimo de riesgo de inundación: la inundación se produce cuando la lluvia fuerte cae sobre un territorio vulnerable y con escasa capacidad de adaptación, por razones naturales, por su ubicación como el pueblo de Letur (Albacete) o por una deficiente planificación del crecimiento como el que rodea la Rambla del Poyo cercana a la ciudad de Valencia. Esta vulnerabilidad se acrecienta con garajes inundables sin estanqueidad ni salidas previstas a la superficie, con costumbres viciadas de coches aparcados en el área de afección de la rambla natural, acosada literalmente por construcciones en todo su recorrido, como se puede observar fácilmente en Google-Maps. La fuerza del agua arrastra vehículos que flotan sobre ella y forma embalses que aumentan el desbordamiento.

Afrontar con seriedad los riesgos presupone desplegar una sistemática planificación para evitarlos y es un deber cívico de la población apoyar, alentar y exigir la aprobación y la ejecución de esas políticas preventivas: unas formaciones políticas deberían superar la fase de discurso que no se traduce en acciones y otras deberían abandonar su negacionismo permanente y la ciudadanía haría bien en no tener en cuenta los diálogos que nos distraen de lo esencial vital y cuyo único fin es el desgaste electoral mutuo.

Hemos visto en estas horas cruciales una sociedad y una juventud que muestran una solidaridad sin límites y una entrega total en los momentos dramáticos, y con ello su madurez, y desestiman los mensajes contrarios a la idea de que la “cosa pública” (la *res publica* romana) es inútil, sino que es una condición necesaria para la economía común y para las vidas privadas.

Un desiderátum final, entre triste e irónico: habría sido un acto de *ejemplaridad* ver de inmediato en Valencia —y no como sucedió el domingo 3 de noviembre, cinco después de la DANA— al rey, al presidente del Gobierno de España, al presidente de la Generalitat, a los alcaldes de las poblaciones afectadas y a los líderes de las formaciones políticas con representación parlamentaria. Sin discursos, como imagen de respuesta de quienes dirigen el país en su estructura política. El Estado para dirigir las operaciones y, en paralelo, otro grupo operativo de las mismas instituciones con expertos de experiencia probada para responder a las cuestiones técnicas. Lo que no se ve no se sabe y puede ocurrir que pensemos que no existe. Lo que añade drama al drama. Cabe imaginar que al tiempo, en el edificio que sirvió para vacunaciones en la pandemia ya casi olvidada, hubiese de nuevo un hospital de campaña para atender las quejas sobre la atención suspendida a enfermos, o que muchos helicópteros resonaran sobre nuestras cabezas porque llevan lo necesario a las zonas inaccesibles. Así la respuesta ciudadana solidaria y la población afectada se sentirían abrazadas. Sería la razón y la emoción aunadas.

Es una ocasión perdida, de nuevo, para la verdadera concordia, para la construcción de “ciudades” que merezcan tal nombre, porque ellas son la condición de posibilidad de la ciudadanía, de los ciudadanos y del civismo.

Aprender y aplicar las lecciones de la catástrofe será el único homenaje a las personas fallecidas y un escaso pero necesario consuelo para sus familiares y allegados. Para ellas todo nuestro afecto, contenido y verdadero.